

GERMAN SELLERS DE PAZ

PREMIO "DIONISIO
ACEDO 1.982"



El premio anual DIONISIO ACEDO, instituido por la Diputación Provincial de Cáceres para distinguir al periodista que más labor haya hecho en favor de la provincia, ha recaído este año en la persona de Germán Sellers de Paz, director del diario "Extremadura".

El jurado designado para calibrar los méritos de las varias candidaturas que fueron consideradas, formado por Fernando Nebreda Bausa, Juan Gordillo Garlito, Juan Rosco Alvarez, María Antonia Fajardo Caldera y Domingo Tomás Navarro, en el acta de concesión hizo constar que "en este premio se reconocen no sólo los trabajos aparecidos con su firma, sino también su labor directiva, que ha posibilitado el tratamiento de los temas cacereños desde una perspectiva estrictamente cacereña".

Esta es la tercera vez que se concede el premio DIONISIO ACEDO. En las dos ediciones anteriores los galardonados fueron José María Parra Talavera y Manuel García Carmona.

Nada más conocer la decisión del jurado, Germán Sellers manifestaba a la revista ALCÁNTARA lo siguiente:

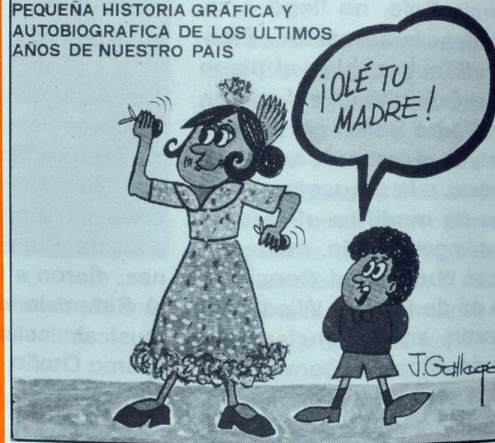
Me ha emocionado. Todo premio emociona, naturalmente. Pero este, por llevar el nombre que lleva, Dionisio Acedo, antecesor en el cargo que ahora ocupo y en cierta forma mi maestro, me ha emocionado muchísimo más".

LA "ESPAÑA CAÑÍ" de Jacinto Gallego

Jacinto Gallego Lozano

ESPAÑA CAÑÍ

PEQUEÑA HISTORIA GRÁFICA Y
AUTOBIOGRÁFICA DE LOS ÚLTIMOS
AÑOS DE NUESTRO PAÍS



Un gran éxito está obteniendo el libro "España Cañí", del que es autor literario y gráfico nuestro habitual colaborador Jacinto Gallego Lozano, cacereño de Madrigalejo que ejerce la docencia en los Santos de Maimona.

"España Cañí" es un divertido libro que recorre con humor gráfico y literario una parte de la más reciente historia española en general y extremeña en particular.

Tomás Martín Tamayo, autor del prólogo, dice de Jacinto Gallego, entre otras cosas: "Puñetero Jacinto que logra que los demás seamos "bestias pardas de lenguas aceradas" mientras él pasa por santo varón. Y encima le reimos las gracias, enmarcamos para la posteridad sus putadas, le acariciamos la espalda y si lo pide, hasta le invitamos a comer".



esposa. Pensaba Don Carlos que eran muchos años sin tener hijos, que quizá fuese un poco tarde para afrontar la paternidad, que los partos a una determinada edad pueden ser peligrosos... Y esos pensamientos lo mantenían taciturno y despistado, hasta tal punto que se olvidó de jugar con "Pipa", la hermosa perraloba que cuidaba el jardín y la casa, y que había sido, hasta entonces, un poco la sustitución de aquel hijo que nunca tuvo y que ahora iba a llegar. Ni siquiera reparó, inmerso en su preocupación, en que "Pipa" se hallaba también preñada y que tendría familia próximamente.

Aquella noche, la mujer sintió los primeros dolores. Don Carlos no lo dudó un segundo. Con los nervios de punta, olvidando la mayoría de las cosas, prepararon lo necesario y salieron corriendo, sin despedirse de "Pipa" que gemía en la caseta y, a su modo, iniciaba los preparativos de su alumbramiento.

Era el mejor hospital, dotado con los más sofisticados medios. Los médicos más expertos recogieron a la mujer y se encerraron con ella en el quirófano. No le dejaron entrar. Le dijeron que no era conveniente, que se presentaba difícil, que quizá fuera precisa una cesárea, que era un parto delicado, que se haría lo posible, que...

Don Carlos era un importante arquitecto. Los mejores edificios de la ciudad habían sido planeados y dirigidos por él. Y allí estaban, construcciones de todo tipo, erguidas contra el cielo, como un testimonio de lo que el hombre podía levantar, como una prueba irrefutable de fuerza que perduraría a través de los siglos. Igual que las pirámides de Egipto. Igual que los templos griegos.

Por eso Don Carlos era un hombre querido y respetado en toda la ciudad. Cuando llegaba algún turista, eran de visita obligada aquellos edificios tan bonitos de los que la ciudad se sentía tan orgullosa. Y también Don Carlos. Y cuando corrió la noticia de que la mujer de Don Carlos estaba embarazada, llovieron regalos de todas partes para el futuro niño. Porque tenía que ser un niño, para que continuara la magnífica obra iniciada por el padre.

Cuando se iba acercando el feliz acontecimiento, el arquitecto sentíase preso de un nerviosismo, de una desazón que superaba en muchos grados a los de su

Y Don Carlos se pasó toda la noche dando vueltas por la sala, con la angustia del que no sabe, con la soledad del que se da cuenta, de pronto, de la vulnerabilidad del ser humano. Al despuntar el día, vinieron a decirle que todo había terminado. Vió a su esposa, derrotada sobre la cama, pálida, agotada por el esfuerzo. No podía quedarse allí, era mejor que volviese a casa y regresara más tarde, cuando ella hubiera despertado de la anestesia. ¿Y el niño? Porque era un niño, ¿verdad?... Sí, pero había nacido muy débil. Compréndalo, un parto tan complicado... Y fue a ver a su hijo, encerrado en una urna de cristal, que le contaron que era una incubadora... Entre miles de niños encerrados en miles de urnas de cristal... Tendría que resignarse a verlo así durante algún tiempo... Siempre entre cristales, porque era tan débil que cualquier mínimo contacto con el aire podía acabar con su pequeña vida.

Y Don Carlos volvió a la casa, con una tristeza muy honda en el pecho. "Pipa" salió a su encuentro, alborozada, ladrando llena de vitalidad... Tras